



## VII Concurso de Relatos Cortos

### *“Memorias y Cuentos del Moncayo”*

Grisel, 2005

**CATEGORÍA ADULTO: Segundo Premio**

**Relato premiado: “*El Molinero*”.**

**Autor / a: José María Sánchez Sánchez.  
San Martín del Moncayo (Zaragoza).**

## EL MOLINERO

- Mariano, que te vas a San Martín.
- ¿Cómo es eso padre?
- Esta mañana me he encontrado en Tarazona con el alcalde de San Martín de Moncayo y me ha dicho que se han quedado sin molinero y que están buscando a alguien que se haga cargo del molino. Yo le he dicho que tú valías. Así que hemos quedado para el jueves que viene. Él bajará a Tarazona a vender sus tocinos a la plaza. Tú preguntas por él, se llama Heliodoro, y te subes con él al pueblo.
- Pero padre,...
- No hay pero que valga. Aquí somos muchos y sobra gente. Además si te casas, dentro de poco, seréis más bocas a tapar y esto no da más de sí.
- Padre, lo que yo no sé es si podré llevar un molino yo solo. Además yo no conozco a nadie allí.
- Nadie conocía. Que te crees tú, que tu tío Benito conocía a alguien cuando fue a Los Fayos ¿o qué? Y el tío Heriberto cuando fue al molino de Tarazona, o tu abuelo mismo cuando vino aquí a Malón ¿a quién conocían? A nadie, ¡ni al cura!
- ¿Y vivir? ¿Con quién voy a vivir?
- No te preocupes, en un principio te ha buscado casa el alcalde. Hay un matrimonio que no tiene hijos y no habrá problema para que te quedes con ellos.

Mariano estaba confundido, era una mezcla de alegría y sobre todo de miedo. Alegría porque era su gran oportunidad, la que había estado soñando desde que era un jovenzaco: tener su propio molino. El miedo le surgía por todos los lados: ir a un lugar nuevo, con nuevas gentes y nuevos vecinos; tener

que llevar el molino solo, sin la ayuda de su padre; y sobre todo separarse de la María con la que llevaba de novio desde los diecisiete años.

Parece que su padre le leyó el pensamiento, ya que después de unos breves segundos en los que los dos se quedaron sin decir palabra, su padre le soltó.

- Y lo que podías hacer es casarte cuanto antes y así no estarías solo. Te buscas una casica en San Martín y en cuanto la tengas, os casáis y que la María te ayude con el molino.

Mariano Enériz ya no era un chaval. Ya tenía los veinticuatro. Había vuelto del servicio militar ya hacía algunos meses y desde entonces había estado ayudando en el molino que la familia tenía en el paraje de las Rozas, pegado al Queiles en el término de Malón y a un tiro de piedra de Tulebras.

El trabajo era abundante y hasta aquel molino, estratégicamente situado, llegaban gentes de Malón, Novallas, Monteagudo, Barillas y Tulebras con sus sacas de trigo que luego convertidas en harina servirían de base para el sustento de la familia.

Mariano conocía bien el oficio, ya que desde que tenía ocho años había estado ayudando a su padre y a su abuelo. No había labor que se le resistiera. Todavía recordaba aquel día que su abuelo le dejó picar la piedra del molino sin que lo supiera su padre y cómo su padre al volver de Tarazona alabó la labor de su abuelo sobre la piedra, sin saber que el que lo había hecho realmente era su hijo Mariano con apenas trece años.

Su abuelo le guiñó el ojo y guardó el secreto con él durante algún tiempo, pues el padre era una persona muy recta que no se avenía a cambios. A él no le habían dejado hacerlo hasta los dieciocho años y con los demás sería igual.

Las otras tareas las fue aprendiendo y practicando poco a poco hasta dominar el oficio. Tenía la soltura necesaria para poder llegar a convertirse con el paso de los años en el mejor molinero de la comarca. Antes de ir a la mili había estado temporadas ayudando a sus tíos, tanto en Los Fayos cuando el tío Benito cogió las fiebres maltas, como en Tarazona para las fiestas de San Agustín ayudando a sus primos y a su tío Heriberto. Estos estaban encantados con él y sin la seriedad que su padre le imponía, Mariano se fue soltando y disfrutando del oficio que a través de tantas generaciones se había ido transmitiendo en su familia de padres a hijos. Así que el apodo de "los molineros" lo llevaban con orgullo.

Su abuelo también le había dejado huella no solo como molinero, sino como persona. El abuelo Lucas sentía cierta predilección por Mariano, que era el varón mayor de los nietos. Desde pequeñín lo había tenido a su lado y entre risas, bromas y alguna que otra jota le había inculcado su forma de ser. Todo el pueblo en Malón lo decía, es el puro retrato de su abuelo.

Con su padre era otra cosa, siempre estaban como el perro y el gato. Pero claro su padre era el que mandaba y más de una vez había tenido que morderse la lengua Mariano. Bien es verdad, que de él es de quien más había aprendido aunque no lo quisiera reconocer. Eso de hacer siempre lo que su padre mandaba no acababa de aceptarlo y esta era una ocasión de demostrarle a su padre de lo que era capaz por si mismo.

Desde el jueves Mariano estaba huidizo, sobre todo con Maria. A su novia se lo tenía que contar, pero no encontraba la ocasión propicia.

María Ayensa era de Tulebras y conoció a Mariano en el molino, donde acudía con su padre a moler cada quince o veinte días. Desde siempre le había llamado la atención aquel muchacho con soltura y desparpajo y que tan bien atendía a todo el mundo. Pero no sería hasta que ella cumplió los quince años, cuando en las fiestas de San Bernardo, en Tulebras, Mariano le pidió que fuera su novia. Ella nerviosa, en un principio, se quedó algo parada, pero enseguida reaccionó y le dijo que sí. Desde entonces habían estado muy unidos y su relación se había afianzado. Lo peor había sido la época del servicio militar de Mariano, pero eso afortunadamente ya había pasado.

Aquella tarde del martes Mariano, al salir del molino, como casi todos los días se acercó hasta Tulebras, a festejar a casa de su novia.

- Mariano, a ti te pasa algo ¿verdad? – le espetó de pronto en la entrada de su casa.
- Mujer, ¿por qué dices eso?
- Porque te conozco y parece que tienes la cabeza en otro lado. A mi no me puedes ocultar nada. Además te noto preocupado.
- Tú María, me quieres ¿verdad? Pues confía en mí que no me pasa nada.
- Pero algo te pasa y me lo tienes que contar- insistió con fuerza María.
- Está bien te lo pensaba contar mañana, así que un día antes, ¡qué más da!
- Lo ves como hay algo. ¡Venga, venga! ¡Cuéntamelo!

Mariano no sabía como empezar, y eso que había estado pensando cómo decírselo desde que su padre se lo había dicho, el jueves pasado. No le venían las palabras adecuadas, pero no había escapatoria.

- Que me voy de molinero a San Martín- soltó de golpe.
- ¿A dónde?
- A San Martín de Moncayo.
- Pero cuándo, si yo no sabía nada- dijo María algo confundida y con la sorpresa en todo su cuerpo.
- Yo tampoco. El alcalde le ha dicho a mi padre que el molino de allí está libre y necesitan molinero. Y ya han quedado que el jueves me subo con él desde Tarazona y me hago cargo del molino.
- ¿Y desde cuándo lo sabes?- le inquirió María con una pizca de resquemor.

- Me lo dijo mi padre el jueves pasado, pero no te lo quería contar hasta mañana para que no lo pasaras mal.
- ¡Ah, muy bonito! ¡Vaya confianza que tienes mí!
- Mujer, no te enfades, que yo no lo estoy pasando nada bien y si ahora vas tu y te pones de morro, lo que faltaba.
- ¡Cómo quieres que me ponga! El señorito se va a vivir a otro pueblo y su novia es la última que se entera.
- ¡Que no lo sabe nadie aún!- añadió Mariano a modo de excusa.
- Y ahora, ¿Qué?- preguntó María con aire de queja.
- ¿A que te refieres?- dijo Mariano, que no acertaba a entender la pregunta.
- Que qué vamos a hacer. ¿Cuándo nos vamos a ver?
- San Martín no está tan lejos. Yo bajaré un día a la semana a verte. Y si quieres algún día nos podemos ver a mita camino en Tarazona- salió del apuro como pudo.

Después de unos segundos de silencio por parte de los dos e intentando adivinar cada uno lo que el otro pensaba, Mariano añadió:

- Y el mes que viene nos casamos- soltó casi imperceptiblemente.
- ¿Qué has dicho?
- Que nos casamos- dijo ahora con voz firme. Y añadió- Bueno si tú quieres.
- No voy a querer. Ya hace días que lo hubiera hecho si me lo hubieras pedido- confesó María con una alegría que no podía disimular, a la vez que se abrazaba a su novio con fuerza, sin importarle que alguien pudiera entrar o salir de su casa y verles en aquella situación.
- En cuanto llegue a San Martín buscaré una casa. Mañana mismo hablamos con el cura de tu pueblo y ahora mismo subo a tu casa y se lo decimos a tus padres.

Mariano hablaba ahora con más decisión y con la fuerza propia de alguien que sabe lo que quiere. De golpe todas sus dudas se habían disipado. Aquel abrazo de su novia era algo más que un abrazo, era la señal de que a su propia fuerza se unía la de ella y eso era algo difícil de desmoronar.

En pocas horas hizo lo que no se había atrevido a hacer en cinco días. Subió a casa de los padres de su novia, hablaron de los planes de boda y de su marcha a San Martín. El padre de María que era un hombre bastante parco en palabras, le ofreció un vaso de vino, que era la forma más clara de asentir, a la vez que le daba un manotazo en el hombro.

- Bebe “moce”, que este vino está bandera.

Mariano no lo dudó y de un trago se lo metió para adentro. Aquello le reconfortó por dentro y por fuera. Su futuro suegro le ofrecía otro, pero Mariano adujo que tenía prisa, pues tenía que volver hasta Malón, y despidiéndose de todos se marchó. María le acompañó hasta la puerta de la calle y se despidieron con un beso apasionado, de los más apasionados entre los pocos que se habían dado en su largo noviazgo.

Esa noche, al llegar a Malón, Mariano no fue directamente a casa, sino que se pasó por la taberna de Dionisio a contarles a sus amigos los planes que tenía. A más de uno no le pilló de sorpresa y la mayoría de ellos le animaron y le hicieron alguna que otra broma. Para celebrarlo se les hizo un poco tarde y empujaron el codo con algún cuartillo más de la cuenta.

Aunque era a primeros de noviembre y hacía algo de fresco, aquella noche Mariano no tuvo nada de frío. Llegó a casa cuando ya todos dormían, se acostó y durmió plácidamente.

Al día siguiente miércoles, Mariano fue como todos los días al molino con su padre y a media tarde acudió a Tulebras, pues tenían que hablar con el párroco. D. Jacinto les dio toda clase de facilidades y acordaron con él que se casarían en cuanto tuvieran resuelto el asunto de la casa. Luego se fueron a dar una vuelta por el Camino Real cogidos de la mano. Hablaron del futuro inmediato que les esperaba. La ilusión, teñida de una cierta inquietud, por todo lo que se les iba a acontecer se palpaba en aquellos dos jóvenes enamorados. Los dos sabían que aquello olía a despedida, así que Mariano trató de reconfortar a María:

- Yo en cuanto pueda bajo a verte. Bajo a Tarazona y cojo el tren hasta Tulebras. Y tranquila que enseguida te vienes conmigo, pero ya siendo mi mujer.
- No, si yo ya estoy tranquila, pero es que no lo puedo evitar.

Volvieron a casa de María y allí en la entrada que había sido testigo de su noviazgo se dieron el beso de despedida. Mariano cogió el camino al molino y todavía encontró allí a su padre y juntos volvieron a Malón.

Al volver a casa su madre le tenía preparada la maleta, con las mudas, los calcetines, las camisas y lo demás que tenía que llevarse a San Martín.

Por fin llegó el jueves, ocho de noviembre de 1899, cuando Mariano acompañado de su madre y sus hermanas, se dirigió a la estación para coger el tren de las once, que desde hacía pocos años unía Tudela con Tarazona, para dirigirse a la ciudad del Queiles y allí encontrarse con Heliodoro, el alcalde de San Martín. Su vida estaba a punto de dar un gran salto. Por la mañana su padre había entrado en su habitación y le había dado un par de duros de plata para ir tirando los primeros días. Luego, y por primera vez desde que había dejado de ser un niño, le dio un abrazo y vio como casi a su padre se le nublaban los ojos. De camino a la estación la imagen de su padre se hizo fuerte en su mente.

El chillido del tren al salir de Tulebras (la estación anterior a Malón) les hizo acelerar el paso cuando ya estaban llegando a la estación. Su madre se acercó rápidamente a sacar el billete y mientras Mariano se despidió de sus hermanas. Su madre le metió el billete en el bolsillo de la chaqueta y le repitió por última vez los consejos que tantas veces le había repetido los últimos días.

- No te metas en líos. Intenta llevarte bien con toda la gente. Y si puedes hacer un favor hazlo, que otro día lo puedes necesitar tú. ¡Ah, y cuida con el vino!
- ¡Que sí madre, no se preocupe que todo me va ir bien, ya lo verá!

De un salto se subió al tren y no quiso mirar para atrás. En pocos minutos cruzaron La Lombana y ya se podían divisar las torres de la catedral y de la iglesia de la Magdalena de Tarazona. Se bajó del tren y con maleta en una mano y la alforja al hombro se dirigió hasta la plaza de Toros, donde los jueves se reunían los ganaderos de la comarca para comprar y vender sus animales, especialmente tocinos, ovejas y corderos.

Ahora tenía que localizar a Heliodoro. Tenía la referencia que le había dado su padre: de unos cuarenta años, alto y con buena mata de pelo ya canoso. Solía bajar con lechones para la venta. Mariano se dio una vuelta por la plaza y después de ver el panorama pensó que solo había dos tipos que respondían a la descripción que su padre le había dado. Se dirigió al que pensó que podía ser Heliodoro y le preguntó directamente.

- Busco a un tal Heliodoro de San Martín. ¿No será usted por casualidad?
- No, pero no vas mal encaminado. Es mi hermano, áquel que está allí, al lado del arco de entrada, con el macho pardo. ¿Y tú quién eres?
- Soy de Malón, el molinero, me llamo Mariano.
- ¡Coño! Si te está esperando desde hace un buen rato.- y en estas empezó a gritarle a su hermano que estaba a unos treinta y tantos metros de donde ellos se encontraban- ¡Heliodoro, Heliodoro! ¡Que está aquí el molinero!

Su hermano lo oyó y acudió al momento.

- ¡Que son esas voces!, pasa algo ¿o qué?- gritó Heliodoro cuando estaba a unos pocos metros.
- Que es el molinero de Malón- le explicó su hermano tratando de calmarlo.
- Te estábamos esperando- y le ofreció su mano -¿Cómo te llamas?-le preguntaba a la vez que le apretaba amistosamente la mano.
- Soy Mariano Enériz Carcavilla.
- Tú tranquilo, en cuanto comamos en la taberna de la Travesía nos cogemos los machos y pa arriba, pal Moncayo. Ya verás que bien te va ir por San Martín. Dentro de poco ya no te acordarás de Malón- le dijo.

Mariano puso cara de incrédulo, pero se calló y espero a que los otros tomaran la iniciativa. De momento a ver, oír y callar. Se acordó de los consejos de su madre y esperó pacientemente. Dio alguna que otra vuelta por la plaza pero sin alejarse mucho y sin perder de vista a los hermanos Serrano, Heliodoro y Serafín.

Al fin llegó la hora de recoger y dejar la plaza. Cargaron los pocos lechones que les habían quedado sin vender en unos cajones que llevaban los machos adosados al baste y se fueron directamente a la taberna.

No serían más de las tres de la tarde, cuando ya torcían por el Repolo y pasaban junto al molino del tío de Mariano, el tío Heriberto. Le hubiera gustado parar para hacerle una visita, pero no era cuestión de hacer esperar a nadie. Al poco rato ya estaban en Santa Cruz y se veía con claridad toda la Diezma y debajo todos los olivares de Grisel, con el pueblo al fondo. Cruzaron las revueltas de la Diezma y se presentaron en El Vadillo. Cogieron el camino de los Caideros y después de coronar el puntal pudo divisar las primeras casas del que iba a ser su pueblo para el resto de sus días.

De antemano, no se lo imaginaba de ninguna forma, pero sin querer hizo la primera comparación con su pueblo. Aquí todo era distinto, montañas por todos los lados, más verde y mucha menos luz. A medida que se iban acercando se sentía más intranquilo, pero gracias a los hermanos Serrano, que no paraban de darle conversación y de ponerle al tanto de muchas cosas del molino y del pueblo, casi sin darse cuenta se presentaron en la entrada del pueblo. A propósito el próximo domingo era la fiesta del patrón del pueblo y era fiesta grande con diana, "llega", misa con procesión y baile con la banda "la Moncaina".

Fueron a casa de Heliodoro, descargaron los lechones, desaviaron a los "abrios" y los metieron a la cuadra, no sin antes dejarles su ración de cebada y paja en el pesebre. Mariano dejó los atos en casa de Heliodoro y juntos se fueron a ver el molino, que ya estaba impaciente. Pasaron por el Ayuntamiento a coger la llave, pues el molino era propiedad del consistorio.

El molino estaba fuera del pueblo pero no a más de ciento cincuenta metros de la plaza y de la iglesia. Había que seguir la calle principal y desviarse un poco a la izquierda. Allí había una edificación de piedra, aparentemente en bastante buen estado, y a la que accedía justo por su parte central una acequia de bastante caudal que provenía de la presa que había en la Huecha unos doscientos metros más arriba.

Abrieron la puerta y Mariano se encontró con la dependencia superior del molino, el lugar en el que se almacenaba por un lado el grano y por otro donde se guardaba la harina molida. El suelo era de losetas de piedra, muy lisas y unidas por mortero de yeso. Prácticamente toda la estancia estaba diáfana pues el anterior molinero no había dejado allí ni zurrapita.

En la misma planta y adosada a la anterior había una pequeña vivienda con tres espacios diferenciados: un hogar, una habitación y una alcoba. Según el alcalde era la vivienda del molinero y él, si quería, podía utilizarla en cuanto quisiera. Aquello se le ponía bastante bien a Mariano, pues de golpe se le solucionaba uno de los problemas que más le preocupaba para poder casarse.

Luego bajaron al molino propiamente dicho, allí estaba la rueda troncocónica de piedra que giraba con el sistema de engranajes que eran

movidos por la fuerza del agua, que al chocar en las aspas (especie de cazoletas de hierro ancladas sobre una estructura de madera de carrasca) movían un eje y comenzaba el encadenamiento del movimiento que acaba girando la gran piedra. Debajo de ella la base de otra piedra cilíndrica de un espesor no muy grande y en la que se colocaba el grano y sobre la que giraba la gran piedra troncocónica que a base de vueltas y vueltas iba triturando el grano y moliéndolo hasta convertirlo en harina.

No pusieron en marcha el molino, eso sería al día siguiente, pero aparentemente toda la maquinaria estaba en un estado aceptable y según Heliodoro lista para moler todo lo que le echaran. La herramienta necesaria estaba toda en buen estado: los picos, las piquetas, las palas, las cribas, las cernedoras, las escobas, los martillos,... Después de ver todo con detenimiento salieron del molino y subieron hasta la presa, para ver dónde se daba agua a la acequia del molino. Por aquellos días de noviembre la Huecha bajaba con bastante caudal y Mariano se llevó una buena impresión. Nada que ver con el molino de Las Rozas en Malón donde se las veían y las deseaban para mover las aspas, por el poco caudal que llevaba aquel brazal del Queiles.

- Bueno, ¿qué me dices Mariano? ¿Te ha gustado el molino?- preguntó Heliodoro con ganas de darle ánimo a Mariano.
- No está mal, con este caudal de agua se puede dar mucho de sí. Mañana a empezar a moler- dijo Mariano con bastante entusiasmo – No hemos hablado de la renta- añadió.
- Si te parece bien, la misma que con el molinero de antes: cada saca molida, un almud de trigo..
- Me parece bien, no se hable más.

Así se dirigieron de nuevo a casa del alcalde, quien le acompañó hasta la casa en la cual iba a estar a pupilo. Ya le había dicho su padre que era un matrimonio sin hijos, pero no sabía nada más de ellos. Eran el tío Toribio y la Engracia, que estarían ya en sus cincuenta y tantos. Toribio era agricultor, aunque tenía también unas veinte ovejas que llevaba en la “vicera” (rebaño comunal formado por pequeños ganaderos de todo el pueblo). Engracia llevaba la casa y cuando hacía falta ayudaba su marido en el campo. La casa estaba en la Solana, como la mayoría de las del pueblo y aunque no era nada confortable, Mariano dispuso de una habitación para él solo. El recibimiento fue muy cálido, sobre todo por parte de Engracia que al tener a aquel joven en su casa le venía a la mente la idea del hijo que no había podido tener y que tanto había deseado.

La noche pasó rápido y antes del amanecer Mariano ya estaba en la puerta del molino. La sorpresa fue grande al encontrarse en la puerta con sus dos primeros clientes. Era gente del pueblo que ya sabían que venía y tenían urgencia de moler. Así que en un periquete Mariano con la ayuda del primero cargó la tolva con el trigo que traía y se dispuso a poner en marcha todo el mecanismo. Antes se cobró su trabajo en especie, dos almudes de trigo por saca, uno para él y otro para pagar la renta.



No era nada nuevo para él, lo novedoso del caso era que ahora era él el responsable absoluto de la faena y eso lo cambiaba todo. Cuando se dirigía a soltar el agua hasta la presa no pudo dejar de pensar en su gente: su novia, sus padres, hermanos y hermanas, sus amigos del pueblo. La responsabilidad era grande pero el agua empezaba a correr.

Corrió y bajó más rápido que el agua y esperó a que todo empezara a funcionar. Las cosas fueron tan bien como él esperaba. El molino hizo su trabajo con absoluta eficacia. Recogió la molienda y la introdujo en el torno. Ahora venía el proceso de cernido. Con gran habilidad mariano cogió la manivela del torno y en un periquete tenía todo listo. Abrieron los cajones y de cada uno recogieron el fruto del trabajo. El primero la harina de primera, luego la de segunda, después la “tercerilla” y por fin el “salvao”. La harina de primera y segunda serviría para hacer un buen pan. La tercerilla para algún guiso. No se desaprovechaba nada, los tocinos se comían el salvado como un exquisito manjar.

El día fue muy productivo y pudo realizar unas doce moliendas, la mayoría de gente de San Martín, aunque hubo dos que se acercaron desde el vecino pueblo de Lituénigo. Acabó el día rendido pero feliz. Solo un pequeño descanso a mediodía para comer.

Sin darse cuenta llegó el domingo y como era fiesta grande pudo descansar. Era el día de San Martín. Por primera vez vivió la tradición de los sanmartineros. A las ocho aurora y a continuación diana. Luego había que mudarse para ir a Misa Mayor. Luego por la tarde al baile. Mariano se dio una vuelta por allí pero tenía la cabeza en otro sitio, así que se retiró pronto a descansar.

Las cosas le fueron bastante bien durante los primeros días y la gente del pueblo y los Lituénigo y Litago que se acercaban al molino pronto se dieron cuenta del carácter servicial y noble de Mariano. Pero algo vino a torcer las cosas. Un día a finales de noviembre se presentó en el molino la Guardia Civil con una carta del Juzgado de Instrucción de Tarazona, por la que se le instaba a acudir a un juicio de faltas por un envenenamiento de una familia de Litago. Los médicos habían analizado los alimentos tomados y habían descubierto en el pan una alta dosis de plomo. Afortunadamente no había muerto nadie, pero varios de la familia habían estado muy graves. La investigación había llevado hasta el molino, pues todos los indicios apuntaban a que el plomo provenía de la harina con la que se había preparado el pan en aquella casa. No había otro camino.

A Mariano se le vino el mundo encima. No sabía qué pensar, ni qué decir. Habló con el alcalde y con Toribio y estos le tranquilizaron diciéndole que todo se solucionaría.

El jueves siguiente a la llegada de la carta bajó a Tulebras a festejar. Con María, siguiendo el camino pegado al Queiles, se acercó a hablar con su padre sobre el tema del juzgado. Le contó lo que ponía la carta y lo que le había dicho la Guardia Civil.

- Padre, no encuentro una explicación. ¿Cómo es posible que eso haya ocurrido? ¿No será que alguien me la quiere jugar?

- Espera, espera,...Es posible que para tapar algún agujero de la piedra del molino lo hayan hecho con plomo fundido y parte de ese plomo haya pasado a la molienda, luego a la harina y más tarde al pan. Yo sé que en más de un molino lo solían hacer, pero mi padre siempre me dijo que ni se me ocurriera. El plomo es veneno puro.

- ¿Y cómo lo puedo saber?- preguntó ansioso Mariano.

- Tienes que mirar bien las dos piedras del molino y ver si alguna parte es más oscura que las demás. Coges la piqueta bien aguzada y lo descubres. Si es plomo lo que hay debajo, llamas a la Guardia Civil, que casi seguro que pasará por allí todos los días, y que lo vean y tomen nota. Luego tienes que picar bien el agujero y dejarlo sin plomo.

- ¿Y luego qué hago?

- Lo limpias bien y luego preparas una pasta de higos secos, la pones dentro del agujero y lo dejas secar bien. Ya verás que bien te queda. Yo lo he hecho más de una vez.

- Pues yo nunca te he visto.

- Ya hace muchos años que no lo hago y seguro que contigo no me ha tocado nunca.

- Bueno padre, haré lo que me dice, aunque no las tengo todas conmigo.

Esa misma noche al llegar a San Martín, Mariano se acercó al molino a ver si veía algún agujero relleno en las piedras. La luz de la candela con la que se alumbraba no era nada buena y esperó hasta el día siguiente para con la luz del día poder ver mejor.

Las sospechas de su padre resultaron ser ciertas y encontró el agujero tapado con plomo. Ese día el molino no funcionó. Por la tarde pasó la Guardia Civil, comprobó el estado de la piedra e hizo un informe para pasarlo al Juzgado. Más tarde con higos secos que le consiguió la Engracia, preparó la pasta, tal y como se lo había explicado su padre y la aplicó al agujero. Al día siguiente ya estaba seco y se había hecho un emplasto duro como una piedra. De nuevo podía funcionar el molino. Pero aún tenía que presentarse en el Juzgado y ese era un trago para el que Mariano no estaba preparado.

La noche anterior a presentarse no pegó ojo y por la cabeza le pasaron todo tipo de cavilaciones. Menos mal que se hizo de día. Al punto de la mañana ya estaba Heliodoro, el alcalde, llamándolo para ir con él a Tarazona y acompañarlo al Juzgado. No lo podía dejar solo en un trance así. Aquello no lo olvidaría Mariano en su vida.

El juez le hizo muchas preguntas a las que Mariano no pudo responder, aduciendo que él no sabía nada y que llevaba muy poco tiempo en el molino. Además el alcalde también declaró a su favor y el informe de la Guardia Civil decía que Mariano había colaborado de buena manera solucionando el problema del plomo.

La sentencia acabó con una pequeña multa al molino y por ende al molinero, pero en un apartado se exculpaba a Mariano por creer el juez que él desconocía la presencia del plomo y no era responsable del envenenamiento. Al desconocerse el paradero del anterior molinero la cosa quedó en nada.

Por fin pudo respirar tranquilo y empezar a pensar en su boda con María que se celebraría a dos semanas vista, un poco antes de Navidad.

Fue una boda sencilla, muy sencilla. El marco, sin embargo fue majestuoso, el Monasterio de San Bernardo en Tulebras. A las ocho de la mañana ya estaba Mariano y su familia al completo en la puerta del monasterio y al momento acudió María con la suya. Al acabar la ceremonia se juntaron en casa de los padres de María y todos juntos se tomaron un chocolate, preparado por la madre de ella, con unas tortas de manteca que había preparado la madre de Mariano.

Al acabar el desayuno, cada mochuelo a su olivo. Mariano y Maria, ya marido y mujer cogieron el tren hasta Tarazona. Allí comieron en el bar de la Travesía donde ya conocían a Mariano y por la tarde a San Martín a continuar con el trabajo del molino.

Al llegar a San Martín, después de pasar por casa de Heliodoro y de Toribio y Engracia, Mariano y Maria fueron al molino donde ya tenían preparada una habitación (una cama, dos mesillas y una cómoda que había conseguido Mariano de segunda mano) y el hogar con alguna cazuela, una sartén, varios platos y algunos cubiertos. A partir de aquel día y hasta el día de su muerte, Mariano ya no se movería de aquella casa, ni del molino. Se había convertido en lo que desde niño había soñado: en el Molinero.